

Un poeta de nuestro tiempo:

Gabriel Ulloa

Escribe: JULIAN GARAVITO

No es muy fácil hablar de poesía sin caer en lugares comunes. No es sencillo dar cuenta de las sensaciones y de las impresiones de un lector ante los poemas, poemillas o sonetos de Gabriel Ulloa, nacido en Bogotá el 31 de diciembre (tal vez *La noche de San Silvestre*, título de un poema suyo) de 1930. Desde luego, es solo una contribución a un futuro retrato crítico del poeta lo que pretendo brindar aquí, ya que no conozco *En la noche* (1962) ni *La madre y el hijo* (1963). Pero la publicación, después de *De lo celeste y tenebroso* (1964), de *La hebra del canto*, que reúne poemas escritos de 1948 a 1959 y de *Destinatario inútil*, sin contar los *Poemas dispersos* (casi todos sacados de *De lo celeste*) en 1966, permite una visión bastante amplia de los temas y ritmos del autor.

Caos, movimiento, contradicciones, variedad, anhelos, interrogaciones, he aquí las primeras palabras que se presentan al meditar sobre el conjunto poético de Ulloa. ¡Cierto desconcierto pues... que se desvanece si los ojos del lector

caen sobre las fechas: 1948-1966: son precisamente años de movimiento caóticos y contradictorios, de afanes sin cumplir y de preguntas sin respuestas, años en que Colombia pasa de 12 millones de habitantes a 18, en que la Bogotá provinciana de 600.000 habitantes llega a ser una urbe continental de 2 millones. Años en que Gabriel Ulloa pasa de la adolescencia a la madurez. Y en ello reside uno de los mayores intereses de la obra de Ulloa: en ser el reflejo de su lugar (Bogotá) y de su hora (los años de violencia).

Para el poeta —y para el hombre en general —el ser es contradicción. ¿Un ejemplo? El deseo del hijo, en “Un ramo de pino y un ramo de sauce”: “Tengo un hijo verde / y tengo una hijita” (*La hebra del canto*, p. 5), y el canto a la maternidad, se oponen al rechazo del hijo:

“Pero no, no nazca la criatura. / ¿A qué la vida? No, no quiero un hijo / para que sea luego / por los dioses borrado”. (*Destinatario inútil* p. 6). ¿Otra muestra?

El anhelo por el sosiego y la paz ("Alma mía / con ansia / de verde espera, / reposa" —*La hebra*, p. 3— o todo el *Poemilla* N° 6) se tropieza con "todo el infierno con sus llamitas, / todo el rastro de veneno y de pupila". (*Destinatario*, p. 31) o los "abanicos de bostezos blancos". (*Destinatario*, p. 9).

La ambivalencia humana aparece con frecuencia dentro del mismo poema: así, al principio de *Introspección*. (*Destinatario*, p. 12):

"Corazón del mejor lado / del fuego y del viento / y del agua que brota". Y al final: "Pero nunca amor, / nunca lo que soñamos. / El mundo sigue afuera, / imagen y engranaje, / lejos de nuestro mejor lado, / jadeando en sus relojes. Y, en aquella miniatura moderna "Pienso, luego existo" (*Destinatario*, p. 19) "la estrella posible" del centro del poema, halla su antítesis en "el mundo / dando palos de ciego".

Resulta, pues, delicado definir con certeza el perfil del poeta, dado que, en sus versos, pinta a la vez lo que es y lo que quiere ser. En el caso de Ulloa: introvertido y secreto, aficionado al escondite tras las caretas humorísticas o paródicas, la tarea no deja de ser difícil. En efecto, ¿hasta qué punto hay que creerlo, en su *Confesión de un nadaísta*? ¿No hay en ese poema como una voluntad de irrisión para ir más allá del negativismo absoluto? De todos modos ese tipo de autocrítica prueba la voluntad de progresar, de salir del pellejo del "mambo boy". Con cierto masoquismo complaciente, el poeta se trata de "esteta", de "narciso", de "excremento de paloma /

en la Plaza Mayor de Bogotá", de "blouson noir", de "hooligan", "parásito", de "escolar confuso", de "borracho". ¡Qué retrato desgarrado! Pocos han tenido el valor de enfrentarse consigo mismo, de mirarse en el espejo sin velos. "Permanezco en mi torre de ensueños / rechazando normas y costumbres", declara sin embargo antes de plantearse la eterna pregunta: "¿Para qué, pues, existo? / ¿Cuál es mi destino?". En esos versos, sí tenemos claves reales para la comprensión de la obra y la comunicación con el poeta: el que rechaza las normas y costumbres tiene afán de cambios, no se opone al progreso, sino que lo solicita. El que se pregunta por qué vive no será nunca una oveja del rebaño.

Ese rechazo a las normas y costumbres se traduce ante todo por un ataque virulento contra lo falso, lo convencional, lo retórico, especialmente en la poesía. Léase y medítese todo el poema "Pero, poeta, usted..." (*Destinatario*, p. 2): "Pero, poeta / usted / no es monte, / caballo / ni toro"... "Confiese / que usted no es verso lapidario, / ni gritería de combate, / ni destilación pura, / ni de la nada nada. / / No sea templo, / no sea calle, / ni sea pájaro / volando por los aires. / Simplemente escriba / y dése como sea". Es un verdadero arte poético antirretórico, que hay que completar con la cruel acometida al "escribiente", al "escribano" de "Engranajes" (*De lo celeste*, p. 75): "¿Por qué, pues, me edificas a tu modo, escribiente?". "¿Por qué quieres que escriba a tu manera...?".

Y como el movimiento se prueba caminando, Gabriel Ulloa se aferra a la sencillez y a la autenticidad, al mismo tiempo que cul-

tiva metáforas de la época (un ejemplo entre muchos: los días “se apagan como autopistas a la madrugada”. *Destinatario* p. 18) y trata de devolver ritmos contemporáneos (léase en voz alta *Twist, De lo celeste*, p. 73). ¿Sencillez? Es una constante en el autor, desde la “Cancioncilla” (*La hebra*, p. 4) de dejos santillanescos. (“Ya viene la vida, /, viene tan sonriente. / Trayendo sus flores / viene. Viene mansa / con el pie desnudo”) hasta “Basta” (*Destinatario*, p. 7): “lo poco basta, / basta un momento / de sol, de sombra, de éxtasis, / de vida que se vive”. ¿Autenticidad despojada? “Y yo. ¿Cómo? ¿por qué?, ¿hacia dónde? / Yo, sí, el nulo, el retraído, el indiferente / inevitable caracol de mí mismo, / con esta cara que tanto conozco / con este tanto de culpa a la madrugada, / con mis ríos de música / sobre sueños sin respuesta, / ...”. “Yo, sí, yo, / gimiendo a escondidas / con mis primeras canas, / mis escasos cabellos e ilusiones / y mis ásperos escombros y fracasos”.

El afán por lo sencillo y lo auténtico lleva a Gabriel Ulloa, como a muchos poetas contemporáneos (basta citar a poetas españoles como Blas de Otero o José Miguel Ullán, a argentinos como Máximo Fresero o a franceses como Raymond Queneau) a introducir en la poesía los temas de la vida cotidiana, unidos a la interrogación metafísica: “Dentro de su armadura / de guerrero antiguo, / el reloj despertador / llena la casa de ruidos /”. Y ese poema (“Amaneciendo”, *Destinatario*, p. 5) se termina por “¿Qué hago en el mundo?”. Véase también “La prosa de los días” (*Destinatario*, p. 29), en que el vocabulario más corriente (esquina, basura, café, cerveza, ciga-

rrillos, pantalones, pantorrillas, autobuses) sirve de trama para expresar la tristeza, el tedio, la agitación de la gran ciudad.

¡La ciudad! Pocos poetas, en Colombia, han sabido, como Ulloa, expresar lo inquietante y lo encantador de una urbe moderna: aquí tenemos uno de los temas mejor logrados por el poeta: “Y miro / mi cielo encajonado. / ¡Cómo llueve en los ojos / todo el frío del siglo!”. (La ciudad, *poemas dispersos*, p. 6). Y no cualquier ciudad, sino la actual Bogotá, con sus “altos edificios, altos cerros, / duros yelos, duras piedras” (En Bogotá miro al mundo, *Destinatario*, p. 24), donde “estiran sus largas piernas las autopistas, / se incendia la noche de azúcar rosado, / bajan ruidosas abejas al aeropuerto, / un colmenero que luce su tética desnuda” (id.). Para el poeta, es como una mujer esta ciudad: “Por esta ciudad que amo, nunca tuve. / Por esta ciudad que duele, la noche cae. / Angulosa, obtusa, acuchillada, / tarántula, ciudad tanto peor, / te miro y remiro / al fondo de mi miedo y del atraco”. (id.). Habría que citar todo el poema, verdadera estampa cruel y enternecedora (“Golfillos en los quicios, / rameras en las esquinas, / sueñan despiertos los cinemas, / alhajas de letreros y neones / sobre casas apagadas y leprosas”) terminada por un canto de amor: “Tus calles son el cuerpo de mi vida, / oh madre, umbral de las nubes, pensadora / punto común de mis días, cuerpo de mujer, / edificio de música”. (id.).

Este tema de la ciudad va entrelazándose con el de la angustia existencial: (“Queríamos liberarnos de lo que no es eterno”, *Destinatario*, p. 25), con el de la bús-

queda del ser ("Yo iba desesperándome poco a poco de Ulloa / mi personaje imaginario", id.) o con los de la soledad y de la toma de conciencia de la realidad, por dura que sea. También con el de la lluvia. (Recordemos a Verlaine: "Llora en mi corazón / como en la ciudad llueve, / ¿qué es esta languidez / que hay en mi corazón?"). Ulloa trata la lluvia como a una persona: "lluvia que conversa..." "lluvia que acaricia y adormece" (*Destinatario*, p. 23) "¡Cómo llueve en los ojos / todo el frío del siglo!" (*Poemas dispersos*, p. 6).

Ciudad y lluvia son también marco de amor, venal o platónico, sensual o delicado. El sol abrasador del amor ("Me insola, amor, tu espalda en sol") se opone en el mismo poema (Nº 2, *Poemas dispersos*, p. 11) a la lluvia "en mitad de la calle", ese sol que va también unido a la muerte en el redondel) ("Toros como soles negros en eclipse". *Destinatario*, p. 15) empapado de "sangre de toro". Toro, símbolo de fuerza y de amor sensual: "Te invento en una fuerza, / en una sola fuerza, en un toro recto, en una cornada / en una herida amorosamente sangrienta, / en una sombra humanamente divina". (*Destinatario* p. 32). Lluvia, señal de lo apaciguador y de lo fecundo después de la tempestad erótica: "Si desesperado tu cuerpo espera / que la lluvia te colme como a jubiloso surco, mi cuerpo se alimenta a mordiscos de fruta", (id.).

La mujer, en la poesía de Ulloa no es solo objeto, o divinidad como en el canto hispánico tradicional. No solo es sujeto activo, que participa del amor (y este aspecto, claro está, ha sido tratado por las autoras de poemas, Juana de

Ibarborou, Delmira Agostini o Clara Silva, entre otras, pero rara vez por hombres), sino también factor de progreso (como en Aragón, o Eluard): a las "cartas", a los "cheques", al "mundo... de servidumbre y relojes", Ulloa opone a la mujer: "Ellas, siempre ellas, / en la cuna y en la aguja, / en la olla y en la alberca, / tras la escoba y el espejo, / amando, esperan sufrientes, con una sonrisa dormida en los labios. / Esperan, para darse, con sus dos pechos / y tanta ternura, / que por ellas / la ciudad / avanza y crece". (*La hebra*, p. 21). Cómo no pensar en las últimas líneas de la novela de Louis Aragón, *Las campanas de Basilea* (1934): "Aquí, por primera vez en el mundo, se coloca en su sitio el verdadero amor. El que no está mancillado por la jerarquía del hombre y de la mujer, por la sórdida historia de los trajes y de los besos, por la dominación del dinero que ejerce el hombre sobre la mujer o la mujer sobre el hombre. Nació la mujer de los tiempos modernos y es ella a quien canto.

Y la cantaré a ella".

Es a través y por mediación de la mujer y de la ciudad como Ulloa comprende al pueblo. La calle siempre ha sido una universidad para quien quiere aprender: "La calle, con su ruido / está debajo de mi ventana. / El mundo siente / la verdad del hombre". Habría que citar todo el poema (*La hebra*, p. 24) cargado de palabras-choques (blasfemia, atafago, sudor, basuras) y de imágenes precisas: "Y del firmamento / y de las azoteas para abajo, /cae el día como una harina denegrida". Y luego aparecen, en su tragedia sin frases, despojados de todo pintoresquismo folclórico, los de abajo, los de la

calle, como larga pesadilla de cabezas de alfileres / marchando hacia ninguna parte. Con la objetividad de un Buñuel filmado *Los olvidados*, Ulloa hace desfilar “al que proclama estampas y noticias; / al que hace un castillo de naipes / de la prenda que empeña; / al que maldice con rostro violento / el montón de estiércol de su vida / ... al niño que come desperdicios / y a su padre que se embriaga poco a poco / como si desgranara todo el grano muerto / de su vida /. Y está el que vende sueños en billetes, el que lustra botas, y el que bajó del tugurio de los cerros. Pueblo que va gritando / y mordiéndose las entrañas / como hacen los ríos, / los ríos que uno quisiera / unidos y creciendo”. Así termina el poema, con los ríos, símbolo de vida, desde Jorge Manrique, en los albores de la poesía castellana, hasta Javier Heraud, el poeta peruano asesinado, pasando por Antonio Machado, y con la fe en el hombre del pueblo. De su pueblo y del pueblo de América, “la del indio-café que va saltando, / huyendo, cayendo, de la cordillera al mar”. (*Poemas dispersos*, p. 17).

“Tal su poesía /camino antiguo / nuevo sendero” (*De lo celeste*, p. 7) según palabras del mismo Gabriel Ulloa: sonetos de factura clásica, cancioncillas que evocan los villancicos, asonancias (“No te turbe / la nube”), verso tradicional o libertad absoluta en el ritmo (¡y qué ritmo!) o en la rima, todo ello está vinculado con temas de la época, con preocupaciones de una ciudad (Bogotá) y de un momento histórico (los años 50 y 60), sin que el poeta prescinda de lo universal ni de lo eterno (tiempo, vida, amor, mujer). ¿El aporte de Ulloa a nuestra poesía? Sacarla de su retórica tradicional, de su ro-

manticismo decadente (interesante históricamente pero ya superado), uncirla al carro del progreso, manejar un vocabulario de nuestra época y no los sempiternos arreboles, las manos blancas y las frentes pálidas, llamar al gato gato y no cruel felino, desterrar el adjetivo, tirano de nuestra literatura, dominar el idioma, y no dejarse dominar por él, asimilar lo extraño y no imitarlo servilmente con décadas de retraso. En esa faena de desbrozamiento, el único que lo precede en Colombia es el solitario de Cartagena, Luis Carlos López, el de los poemas incisivos y directos, más conocido, apreciado y comentado en el exterior que en su patria, por haber dicho la realidad y haber escrito sobriamente. ¿Que hay contradicciones y caos en su poesía? Es cierto, pero, por una parte, es un reflejo del lugar y del momento: / un poeta de una era patriarcal no canta como el de una era industrial. Por otra, el hombre es un tejido de contradicciones, una viva paradoja. Y, por fin, estamos ante un poeta de 36 años, en pleno ascenso y no ante obras completas y ediciones “ne varietur”. Precisamente, lo alentador en Ulloa es que, a pesar de un medio ambiente difícil, sin poder apuntalar-se en un público comprensivo, o por lo menos atento e interesado, no ha dejado de llevar a cabo su obra, tal como la concibe y la desea. Su rumbo hacia lo sencillo, lo auténtico, su identificación cada día mayor con los valores más ciertos de su tierra y de su pueblo, son señales de una toma de conciencia, de una apreciación de los hechos y de los trastornos históricos, que ya no solo de él, Ulloa, sino de toda una generación: los colombianos de los años 50 y 60 ya no comulgan con ruedas de molino, ya están entrando en la edad de la razón.